

## EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

### GLOSAS A UN VIAJE PRESIDENCIAL

#### 1. *De Gaulle y su pequeña vuelta al mundo*

El título que antecede, apareció en algunos diarios franceses, en los días epilogales del pasado mes de agosto, en cuanto rótulo característico del periplo degaullista por tierras firmes de Africa y Asia e insulares del Pacífico. Por explicable asociación de ideas, dicho vocablo nos recuerda una novela de otro francés Julio Verne, autor de *La vuelta al mundo en ochenta días*, relatando lo que entonces constituía una proeza, enriquecido el relato con un sorprendente epílogo. Ante esa plural experiencia, recordamos lo que alguien escribiera con el propósito de caracterizar lo que porta de específico el ciudadano francés, al decir que es «Un señor condecorado que ignora la geografía». Ante ese malicioso diagnóstico debemos consignar que por lo menos dos ciudadanos franceses han opuesto un rotundo mentís a esa poca piadosa caracterización, Julio Verne y Carlos De Gaulle; el primero, leyendo páginas geográficas; el segundo, brindándonos un admirable ejemplo de lozanía otoñal, visitando primeramente el Nuevo Mundo, Rusia y otros países del Este y ahora consumando un viaje dilatado, agitado y salpicado de múltiples y acentuadas preocupaciones.

En lo que atañe a la significación y alcance del viaje presidencial, se nos han brindado versiones interpretativas plurales y discrepantes. Ninguna de ellas la reputamos como totalmente afortunada, puestos a asignarles una significación específica. La verdad pudiera ser que De Gaulle, en esencia, lo que pretende es ofrecer al mundo testimonio evidente de la presencia francesa en zonas del mundo acentuadamente neurálgicas, especialmente la zona al este del Mar Rojo y en el Vietnam. En Djibuti, el 26 de agosto, el Presidente francés, aludiendo al Mar Rojo, se expresaba en los siguientes términos: «Región en importante gestación y transformación. Por un lado, la República de Somalia, y, por otro, Etiopía. Más allá, Sudán, Egipto y además el Yemen. En resumen, hay todo un conjunto en movimiento y no es extraño que se produzcan aquí, en Djibuti, en la costa francesa de Somalia, contragolpes procedentes del exterior. Salta a la vista y es explicable que Francia cumple con su deber.» Sector neurálgico el mencionado por De Gaulle, y por ello el Presidente fran-

cés aludía a las inevitables repercusiones en el territorio de la costa francesa de los somalíes, de esa situación de inestabilidad referida. A este propósito, el Presidente francés aludía al año crucial de 1958, cuando De Gaulle, en los meses iniciales de su mandato presidencial, posibilitó un proceso descolonizador masivo y pacífico a la vez y que tan acentuadamente habría de afectar al futuro político del continente negro. Ello explica que De Gaulle, en Djibuti, capital de la Somalia francesa, se exteriorizase dialécticamente, como cumple a quien ha inscrito en su haber un ademán anticolonialista evidente y ello a través de las siguientes manifestaciones: «El territorio de la costa francesa de Somalia escogiera en 1958 su estatuto de territorio francés. Este estatuto Francia lo respeta y no hay razón alguna para que cese de respetarlo. Con pancartas no se decide el destino de un país», y en cuanto inequívoco complemento de su versión, añadía: «Esta situación no podría cambiar más que en condiciones democráticas.» Las palabras citadas han de ser valoradas en función de lo que representa la denominada costa francesa de los somalíes, trozo desértico de 22.000 kilómetros cuadrados, cobijando a 70.000 habitantes, con Djibuti como única ciudad importante y que encierra dos características: constituir el puerto por donde se realiza la mayoría de las importaciones y exportaciones etíopes y desempeñar un papel de puerto de escala en las rutas marítimas conducentes al Océano Indico.

Es evidente que a la denominada Somalia francesa, como a los demás territorios ultramarinos, integrantes de lo que fuera Africa francófona (excepción hecha de Argelia), se le concediera una coyuntura constitucional en 1958 para decidir, libre y voluntariamente, de sus destinos, habiendo optado los somalíes por constituirse en territorio autónomo, incluido en el área soberana francesa. Pero conviene no olvidar que a partir del 1 de julio de 1960 se instaura la República de Somalia, con Mogadiscio como capital, consecuencia de la fusión de las que fueron Somalias italiana y británica y la mencionada transformación, posterior al referéndum constitucional de 1958, inevitablemente habría de encontrar eco en la costa francesa de los somalíes. El propio general De Gaulle, en Djibuti, reconocía que la región de las Somalias constituía una caja de resonancias y veladamente aludía a la acción desplegada desde Mogadiscio en apoyo de reivindicaciones secesionistas de la Somalia francesa. De todo lo cual parece desprenderse la siguiente consecuencia: si un día la Somalia francesa, mediante procedimientos democráticos, opta por decretar su manumisión política, con ello no habría resuelto un problema, sino planteado otras cuestiones conexas y complejas. Ante todo, en la Somalia francesa conviven los Isas y los Afars, circunstancia no desdeñable, referida a los que desde Mogadiscio propugnan la puesta en práctica de una especie de pansomalianismo, cuyas reivindicaciones, más o menos desorbitadas, incluyen a ciertos territorios etíopes, a determinados distritos nórdicos de Kenya y a la costa francesa de los somalíes, y si algún día se alterase el actual *statu quo*, instalado como consecuencia del referéndum de 1958, no podría contarse con el marginalismo y menos aún con la indiferencia de Addis Abbeba, si se tiene en cuenta que el único ferrocarril de que dispone Etiopía para comunicarse con el mar liga la capital etíope con el puerto de Djibuti.

El conjunto de circunstancias referidas plantearían un problema de no fácil solución en el supuesto de que truncase la conexión hoy existente entre Francia y la costa de los somalíes. Ese conjunto de complejidades provocaría

la acción tanto de la Organización de la Unidad Africana cuanto una posible intervención del Comité de los Veinticuatro de las Naciones Unidas.

De ahí que cuando De Gaulle, sorprendido por las manifestaciones hostiles de Djibuti, hacía saber a los discrepantes que las revoluciones no se hacen a base de pancartas reivindicativas de la independencia, lo que en realidad quería expresar era un criterio a tenor del cual no hay nada tan claramente inadecuado como el reducir a escuetas fórmulas problemas salpicados de dificultades, así como de conexiones frecuentemente contradictorias. De todo lo cual cabe deducir que los lamentables incidentes de Djibuti no afectan al crédito del Presidente francés, en cuanto promotor indiscutible—promulgando la constitución de 1958—de una coyuntura que ofrecía a las colonias francesas medios incruentos para alcanzar su manumisión política, y si esa es la carta de crédito portada por De Gaulle y que le provee de fuerza moral para intentar una misión pacificadora en el Sudeste asiático, consideramos que los incidentes de Djibuti ni afectaron ni aminoraron el valor de las citadas credenciales.

Las precedentes consideraciones pudiéramos invocarlas en cuanto explicación adecuada de la sorpresa por nosotros padecida, al percibir cómo una no desdeñable parte de la prensa internacional tendían a desorbitar los luctuosos sucesos registrados en Djibuti, otorgándoles la condición de un problema africano no sólo de incalculable eco, sino llamado a repercutir negativamente respecto del crédito anticolonialista del general De Gaulle, prestigio que, aminorado, pudiera comprometer su autoridad moral y mermar su crédito en cuanto mediador en los problemas del Sudeste asiático. Nada menos que a una pronosticable e inmediata acción de la Organización de la Unidad Africana y del Comité de los Veinticuatro de las Naciones Unidas, e incluso de la Asamblea General, se alude y diríase que tales desproporcionados aspavientos acusan en cierto modo, de un lado, punible ligereza interpretativa y, de otro, desdén de lo que significan, en cuanto experiencias complejas, la mayor parte de los procesos descolonizadores, especialmente lo que se nos brinda en el continente asiático, donde la contigüedad suele ser utilizada como adecuado instrumento de infiltración y en cuanto coyuntura para recurrir a la puesta en práctica de un proselitismo político-social.

## 2. *Dos pesos y dos medidas.*

En el Consejo de Ministros reunido en el Elíseo el 24 de agosto, y entre los problemas internacionales abordados en función del viaje presidencial, iniciado el 25 de agosto, fue examinada una cuestión a la cual se atribuyera la condición de relevante, a saber, la visita del Presidente francés a Camboogia. En el comunicado concerniente al mencionado Consejo de Ministros, se dice: «No puede desconocerse que cuando el Presidente de la República se encuentre en Camboogia estará en una región que encierra en la actualidad un destacado y evidente interés. Por lo cual la estancia del Presidente de la República en Phnom-Penh tendrá un singular relieve.» Lo anteriormente consignado ha de valorarse en función de lo que sigue: el príncipe camboogiano, Nordom Sihanuk, hacía saber que no deseaba recibir la visita de Averell Harriman, embajador volante norteamericano, elegido por el Presidente Johnson para participar en lo que se denominara ofensiva de paz norteamericana. En relación con este

problema debe recordarse que la fracción republicana del Congreso de Washington había sugerido la conveniencia de reunir una conferencia panasiática, con la esperanza de encontrar una solución decorosa al problema vietnamita. Como globo de ensayo se fundará a este propósito la denominada AASE (Asociación del Asia del Sudeste), constituida por Tailandia, Filipinas y Malasia, cuya primera reunión tuviera lugar en Bangkok, a comienzo del mes de agosto, y que reducida hasta el presente a una organización tripartita no parece contar con grandes probabilidades de éxito, entre otras razones porque tropieza con la negativa cambojiana respecto de Harriman y con la visible hostilidad de Hanoi y Pekín. En contraste, a De Gaulle le fue dispensada en Phnom-Penh una recepción, aún más que cordial, pomposa, pero ello no significa que el Presidente francés contase con más probabilidades de éxito en su papel de sedicente mediador. Ello, no obstante, como cada día se adentra más en el ánimo de un creciente número de norteamericanos la sospecha de que los Estados Unidos, en lo que al Vietnam atañe, se están adentrando en un auténtico y descorazonador callejón sin salida, la presencia en Phom-Penh del general De Gaulle podrá constituir motivo de atenuada esperanza pacificadora. En otra parte de estos comentarios se intentará justipreciar lo que en realidad ha significado la intervención dialéctica del Presidente francés en la capital cambojiana.

En el recorrido que habría de realizar el Presidente francés se incluía la asistencia, en los días 9 y 10 de septiembre, a experiencias atómicas en el archipiélago del Pacífico, en Hao y Mururoa, visita que implicara dos repercusiones: una, la de los Estados sudamericanos bañados por el Pacífico, y otra, a cargo del Tercer Mundo, ninguna de las cuales sería beneficiosa en lo que atañe al indudable prestigio de que goza el general De Gaulle en el mundo. En lo que atañe a las denominadas naciones no comprometidas, no estará de más recordar que ocho de ellas (Brasil, Birmania, Etiopía, México, Nigeria, Suecia y la RAU), representadas en la Conferencia de Ginebra de los Diecisiete, han condenado incluso las explosiones atómicas subterráneas ruso-norteamericanas, solicitando su interrupción en espera de que se llegue a concertar un acuerdo internacional sobre tal extremo. Se explicará adecuadamente que a los ojos de las ocho citadas naciones no comprometidas, la presencia del general De Gaulle en Hao y Mururoa no contribuye precisamente a incrementar el éxito del desplazamiento presidencial y resulta difícilmente explicable que por meras razones de prestigio, De Gaulle deje que exploten las bombas atómicas sobre el Pacífico. La precedente consideración debe ser valorada en función de lo que significa el mundo, marginal según unos, interpuesto según otros y de cuya innegable heterogeneidad sería inadecuado prescindir. Caso de haberse cumplido los acuerdos de Ginebra de 1954, es indudable que Cambojia sería incluida en el área del sedicente mundo desentendido; pese a lo cual y en lo que concierne a las experiencias atómicas francesas, el Jefe del Estado cambojiano, príncipe Nordom Sihanuk, en el curso de una entrevista concedida el 30 de agosto a la Radio-Televisión francesa, tras calificar a De Gaulle como «el único descolonizador sincero de Occidente», añadía «que Cambojia compartía la idea de Francia sobre la necesidad de ser una potencia atómica, como aprobara igualmente la política atómica de China comunista», y ello por «la poderosa razón de que ambas actividades nucleares constituyen una contribución a la paz». No sabemos en qué razones se habrá inspirado el Jefe del

Gobierno cambodgiano para emplear términos condenables o laudatorios, según que las experiencias atómicas se registren en Rusia y Norteamérica, de un lado, o en China y Francia, de otro; acaso la tabla de valores manipulada por el príncipe Nordom Sihanuk consistirá en partir de un criterio diferencial, inspirado en lo que, según la interpretación cambodgiana, persigue Francia en el área asiática y personalmente el Presidente francés, al cual se le califica como «uno de los hombres más grandes de todos los tiempos», objetivo que no es otro que el poner término al conflicto sudvietnamita, propósito reflejado en las siguientes palabras de Nordom Sihanuk, el cual, refiriéndose a De Gaulle, decía: «Su patriotismo no es egoísmo, porque usted está llevando a cabo una valerosa y desinteresada lucha para ayudar al infortunado pueblo del Vietnam en la agonía de una cruel, desigual e injusta guerra.»

### 3. *La singularidad francesa.*

En lo que atañe a lo que podía significar la presencia de De Gaulle en Cambodgia, cuantos especulaban en torno a la posibilidad de éxito, verosíblemente asignable a la sedicente mediación francesa, desdeñaban lo que implicaba un factor, por nosotros reputado de esencial, a saber, que Francia era la única de las grandes potencias en situación de dialogar con Indochina sin despertar suspicacias y sin que fuera dable asignarle segundas y reprochables intenciones, y ello por una serie de consideraciones que sería inadecuado silenciar. En primer término, la cruenta experiencia francesa, epilogando en la retirada, a partir de los días luctuosos de Dien-Bien-Fu. Es así como se desenlaza en los acuerdos de 1954, experiencia y epílogo que hoy encierran innegable signo aleccionador, en contraste con la tesis norteamericana, que cada vez se asemeja más visiblemente a un callejón sin salida, y atendida a un extraño *slogan*, a cuyo tenor, cuando, como acontece con la acción bélica norteamericana, quien la mantiene dispone de la potencia necesaria para sostenerla indefinidamente, es mucho más hacedero continuarla, incrementando los efectivos militares, que el ponerle término. Si los que hoy actúan desde Washington como inspiradores de la acción bélica norteamericana hubiesen consultado con la debida atención lo que antecedió, coincidió y subsiguió al drama de Dien-Bien-Fu, no se encontrarían actualmente situados ante un dramático trance, referido a la acción de una superpotencia, cuya capacidad bélica, en principio inagotable, ello no obstante no permite entrever un epílogo próximo, y además mantiene en alto la espada de las complicaciones, representadas por la posibilidad de extensión del actual conflicto.

Ahora bien, no es sólo la experiencia aleccionadora que implicara el luctuoso epílogo de 1954 la que debe ser tenida en cuenta, sino otras características no menos importantes, entre ellas las que agregamos a las precedentemente consignadas. Francia, al decretar su baja en la OTAN, ha brindado al mundo testimonio de que no es meramente retórica su oposición a la política de los bloques (el atlántico y el soviético) y a su complemento a través de una política internacional apoyada exclusivamente en antítesis o, si se prefiere, en el tan traído y llevado dilema Washington-Moscú; en contraste, De Gaulle pensó que entre dos extremos: el bloquismo o el diálogo, sólo el segundo podría afectar vitalmente a la perduración del primero. Así, la suma de la defección atlántica francesa y su complemento lógico; encarnado en el coloquio Este-Oeste,

necesariamente tenía que afectar a la Europa satelitizada, en cuanto además portador de acrecidas esperanzas, para los que consideran que el transcurso del tiempo afecta a la viabilidad de los pactos, especialmente al de Varsovia, concluido, no lo olvidemos, en cuanto réplica al Pacto del Atlántico y como contrapartida del Pacto de París de 1954.

Abstracción hecha de lo precedentemente consignado, y en lo que concierne a la posición dialéctica del Presidente francés, que complementa y refuerza las ya consignadas apreciaciones, no sería prudente desdeñar cuál es la posición del general De Gaulle en lo que atañe al Tercer Mundo, el cual juega un papel tan destacado en lo que atañe al problema del Sudeste asiático y que, en no desdeñable proporción, está integrado por naciones que antes formaran parte del Imperio colonial francés, posteriormente elevadas a la condición de Estados a través de un proceso descolonizador, el más incruento de cuantos se registraron en el período postbélico. Se trata de la Francia ex colonial, denominada francófona, cuya proyección concorde fortalece la postura dialéctica del Presidente francés.

#### 4. *Norteamérica, la escalada, las tres razones del Presidente Johnson y su contrapartida.*

Finalmente, y en cuanto complemento del precedente intento caracterizador, conviene no minimizar lo que significa la postura dialéctica referida a la acción norteamericana, en lo que al Sudeste asiático atañe, desligada totalmente de la cooperación de otras potencias signatarias del Pacto del Atlántico y que incluso, en cierto modo, encierra elementos de juicio que no han sido tenidos en cuenta y que mencionamos seguidamente. Siendo secretario de Estado John Hay, en 1899, había formulado lo que más tarde habría de rotularse como Doctrina de la Puerta Abierta y que otros enunciaban como Monroísmo asiático. Lo que Hay perseguía no era otra cosa que el defender el principio de independencia política e integridad territorial del entonces Imperio chino. Claro está que desde los tiempos de John Hay ha pasado mucha agua bajo los puentes de los ríos, tanta que los términos del problema al cual quiso hacer frente Hay se han invertido, ya que en 1899 lo que perseguía Norteamérica no era otra cosa que convertir en poco apetecibles los sistemas de esferas de influencia y cesiones en arriendo instalados por las potencias europeas a expensas de China, en tanto actualmente es precisamente China la que ha reemplazado a Europa en los designios expansionistas a expensas de los pueblos del Sudeste asiático, de lo cual se induce que si aparentemente los Estados Unidos han invertido la posición dialéctica que adoptaran a fines del siglo pasado, en realidad mantiene una línea de acción en cierto modo lógica. Ahora bien, Norteamérica, si bien mantiene su presencia en tierras sudvietnamitas, acrecentando sus efectivos militares, no percibe claramente cuál es la significación del conflicto bélico referido al Vietnam del Sur aun cuando progresivamente se da cuenta de que la pugna entablada reviste acentuada singularidad, habida cuenta de que el Vietcong recurre a la puesta en práctica del sistema del frente discontinuo con el aditamento de una táctica de infiltración, desplegada frecuentemente en la retaguardia, mediante el sistema de las emboscadas. Es lo que se denomina indistintamente guerra de liberación o de subversión. A esa especie de inquietantes pugnas se refería el Presidente de los

Estados Unidos en su discurso del 31 de agosto, pronunciado ante la Legión Americana, cuando hacía saber que, caso de fracasar los Estados Unidos en Vietnam, advendría un período salpicado de guerras de liberación, disponiendo entonces China de un irrefutable argumento que esgrimía el hombre número dos de China, mariscal Liu Piao, al aducir que los otros pueblos del mundo se darían cuenta de que si los sudvietnamitas pueden vencer a los Estados Unidos a ellos les sería dable duplicar esa experiencia.

Algunos exegetas norteamericanos arguyen en el sentido de que si la presencia y la decisión de los efectivos militares estadounidenses instalados en Europa lograron neutralizar primero y eliminar después el cerco de Berlín, la experiencia podría reiterarse ahora en el Vietnam del Sur, pero los que aducen en tal sentido soslayan algunos elementos de juicio no irrelevantes, ya que en Berlín la famosa cadena aérea norteamericana resultara ser, en definitiva, incruenta. Además, a propósito de la experiencia berlinesa, conviene recordar que en aquella coyuntura los Estados Unidos actuaban de acuerdo con sus aliados, experiencia que no encuentra pluralización en el Vietnam, tierras neurálgicas en las cuales han hecho acto de presencia los efectivos bélicos norteamericanos al margen de una Europa hoy perceptiblemente estabilizada y que rehusa participar en las acciones punitivas desencadenadas por los norteamericanos, permaneciendo así el viejo mundo al margen de lo que se registra en Asia, en la actualidad evidente zona peligrosa del mundo, y todo hace suponer que tal condición perdurará, y al prolongarse implicará el planteamiento del siguiente e inquietante problema: posibilidad de confinar la citada pugna bélica al área del Sudeste asiático o riesgo de su extensión hacia otras latitudes del mundo amarillo, posible antesala de un conflicto armado generalizado. Así, a través de explicable asociación de ideas, establecemos contacto con el tan traído y llevado problema de la escalada, preguntándonos hasta dónde alcanzará la escalada norteamericana y a partir de qué grado se considerarían obligados a hacer acto de presencia en la lucha Rusia y China (con más probabilidades la segunda que la primera), ya que acaso Rusia, frente a circunstancias propicias, no desdeñaría duplicar el sistema de mediación iniciado en Tachkent, poniendo término a la lucha fronteriza indo-pakistaní.

El Presidente Johnson, reiteradamente aseveró que la presencia norteamericana en tierras sudvietnamitas se justifica, entre otras razones, apoyados los Estados Unidos en las tres alegaciones siguientes: Primera, está en juego el prestigio de los Estados Unidos, que se vería hondamente afectado caso de registrarse una retirada norteamericana; segunda, Washington ha empeñado su palabra, prometiendo primero y dispensado después ayuda al Vietnam del Sur, y si los pueblos que aspiran a manumitirse políticamente pueden tornar sus ojos hacia Washington y depositar sus esperanzas en la ayuda estadounidense, tal además no se reiteraría una vez consumada la evacuación de las tropas norteamericanas de las tierras sudasiáticas, y tercera, está en juego el destino del Sudeste asiático, y en el supuesto de que el Vietcong lograra imponer sus designios, tal desenlace no revistiría la mera condición de aparente, preanunciando, por el contrario, el advenimiento de un nuevo capítulo, que implicaría la inclusión incompartida, en el área de influencia china, de Vietnam del Sur, Camboya, Laos y Tailandia.

No son desdeñables las referidas alegaciones, pero conviene tener en cuenta lo que pudiéramos denominar contrapartida de las mismas, y entre ellas una

merecedora de que se le otorgue determinada beligerancia, a saber que tanto desde Hanoi como desde Pekín puede utilizarse como arma polémica la de que un pueblo asiático no puede alcanzar su independencia en tanto albergue en su seno efectivos militares pertenecientes a una nación extra-asiática y que desde Pekín es acusada de practicar una política internacional de tipo imperialista.

La posición dialéctica norteamericana se vería acentuadamente fortalecida si los efectivos estadounidenses de ocupación invocasen como causa explicativa de su presencia la de colaborar con los sudvietnamitas en su pugna frente al Vietnam del Norte, pero tal alegación carecería de eficacia dialéctica si se tiene en cuenta que perteneciendo a fracciones políticas aún más que disidentes, irreconciliables, el Vietnam y el Vietcong, ambos forman parte de ese Sudeste asiático cuya liberación dice perseguir el Gobierno de Washington.

##### 5. *El discurso en el Stadium de Phnom-Penh.*

Sea cual fuere lo que piense el lector respecto de las observaciones que dejamos consignadas, lo que parece estar fuera de duda es que el problema del Sudeste asiático, cuya complejidad se evidenciara ya en los días que antecederan y coincidieran con la experiencia dramática de Dien-Bien-Fu, ve ahora incrementadas sus complicaciones y consiguientemente menguadas en la misma medida sus posibilidades de encauzamiento y de posible y deseable solución, y a la consideración de un mediador en potencia como pretende serlo el general De Gaulle no debía ocultársele la dificultad de estimular a las partes en discrepancia para entablar un diálogo que subsiga y complemente a los consumados en Ginebra y posibilitar la puesta en función de esas normas acordadas en la ciudad suiza. A este propósito se ha dicho que De Gaulle ha ido a Camboogia impulsado por un deseo: aprovechar lo que él estimaba adecuada coyuntura para robustecer y ensanchar el prestigio y la grandeza de Francia, inclinación explicable e incluso laudable desde el punto de vista degaulliano, pero que requería, como irremplazable antecedente, un previo y exhaustivo examen de conciencia, tras el cual podría deducir el Presidente francés si el instante presente constituye coyuntura propicia para intentar un ademán de interposición entre dos discrepantes, uno de los cuales, por lo menos, parece inclinado a producirse en términos poco adecuados para entablar el diálogo conducente al posible establecimiento de una deseable avenencia. Todo hace suponer que el fruto sudvietnamita está lejos de haber alcanzado su plena madurez, circunstancia que no habrá pasado inadvertida a la penetración del Presidente francés, y, ello no obstante, De Gaulle considera propicia la hora presente, incierta y confusa, para desempeñar su tarea de mediador no solicitado por los discrepantes, pero sí aceptado por una de las dos partes, polémicamente tan abismalmente distanciadas. Respecto a si el general De Gaulle midió acertadamente hasta dónde disponía de adecuadas coyunturas para provocar una avenencia entre los disconformes, nos proporcionará elementos de juicio la lectura del discurso pronunciado por el Presidente francés en el Stadium de Phnom Penh, respecto de cuyo contenido y fuerza de convicción formularemos algunas observaciones.

Antes de ser conocidos los términos de lo que difícilmente podía ser histórico discurso del general De Gaulle, algunos comentaristas se adentraron en el tortuoso e impreciso camino de los supuestos y de las especulaciones, argu-



yendo en el sentido de que si hasta el presente habían fracasado las sugerencias de negociación a cargo de los Estados Unidos (ofertas insistentes a las cuales no dispensará De Gaulle la debida beligerancia dialéctica) e incluso los intentos de avenencia encarnados en el dimisionario secretario general de las Naciones Unidas, U Thant, tal vez el acentuado prestigio que rodea a la persona del Presidente francés en los medios de lo que fuera Indochina podría constituir punto de apoyo para que el Presidente francés lograra la atenuación del exacerbado ambiente bélico que impera en Vietnam del Sur.

Los que se producían en el sentido referido, desdeñaban un elemento de juicio básico; es decir, que el éxito de un mediador es preciso referirlo, de un lado, al grado de complejidad del problema encarado, y, de otro, a la equidistancia asignable al mediador respecto de los disidentes. De Gaulle se produjo, según nuestro parecer, en parte al menos, como los clásicos internacionalistas que al encarar el grave problema de la guerra inspiraban su construcción dialéctica en la básica distinción de las guerras en justas e injustas, considerando aquéllas como realización coercitiva de la ley objetiva internacional y calificando las segundas en cuanto violenta conculcación del derecho de gentes. De ahí la insistencia de un reproche formulado al Presidente De Gaulle, a saber, su mención reservada y en tal sentido simbólica de la intervención armada de los Estados Unidos en el Vietnam del Sur y un total silencio en lo que atañe a los atizadores de un fuego mantenido visiblemente desde Hanoi y, aun cuando no de manera tan acusada, desde Pekín.

#### 6. *U Thant y su desencanto.*

La carencia de equidistancia polémica, por nosotros achacada al Presidente francés, debe valorarse en relación con lo expresado por U Thant en esa especie de Manifiesto de Despedida, hecho público el 1 de septiembre, y en el cual se consignan apreciaciones portadoras de un acusado sentido aleccionador: «Hoy, a mi parecer, escribía U Thant, como fuera el caso desde hace meses, la presión de los acontecimientos conduce inevitablemente a una conflagración mayor, en tanto que los esfuerzos desplegados para invertir esa tendencia son desastrosamente lentos. A mi modo de ver, asistimos a la reiteración de un error trágico, que consiste en confiarse a la fuerza y a los medios militares en una ilusoria búsqueda de la paz.» Palabras que parecen acusar que en la mente de U Thant primaba la preocupación de la guerra sudvietnamita, imagen brindada sin que asomen las discriminaciones degaullistas. Ello no obstante, en el Manifiesto de U Thant, se contiene un párrafo no desprovisto de significación, aquel en que se declara: «Debo igualmente reconocer que experimento un sentimiento de insatisfacción al comprobar que la contextura de la Organización de las Naciones Unidas no es todavía universal. Muchos de los problemas con los cuales el mundo se encara, trátase de problemas regionales o de cuestiones mundiales, resultan así ser de más difícil solución.»

Con notoria discreción, pero al propio tiempo en términos inequívocos, U Thant hace aquí perceptible alusión a la marginalidad de China comunista respecto de las Naciones Unidas. El propio objetador birmano pudo calibrar la trascendencia que implica ese distanciamiento chino cuando Pekín se negara a recibirlo como huésped en su calidad de secretario general de una Organización que sólo existe fáctica, pero no jurídicamente, para los gobernantes

de Pekín. A la imposibilidad de entablar el diálogo, tan reiteradamente solicitado por U Thant, debe atribuirse en no pequeña medida la agravación creciente de los problemas pendientes de solución en el Sudeste asiático, y como responsabilidad de la exclusión china de la ONU recae sobre el derecho de veto a cargo de uno de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, es perceptible la existencia de un nexo visible entre los problemas del Sudeste asiático y el marginalismo chino en lo que atañe a la Organización de las Naciones Unidas. Tal vez el problema se alterase, por lo menos en lo que respecta a su planteamiento, si el pleito sudvietnamita fuese llevado ante el Consejo de Seguridad, entre cuyos miembros permanentes se incluyese a la China de Pekín, reemplazante de la China formosiana, pasando a formar parte del Consejo de Seguridad esta última como miembro temporal.

Téngase en cuenta que no es lo mismo rehuir un diálogo cuando el Estado requerido no forma parte integrante como miembro permanente del Consejo de Seguridad, que el negarse al coloquio, formulando su desentendimiento en el seno del mencionado Consejo.

Nada tiene, pues, de extraño que en la Declaración Conjunta franco-cambodgiana, publicada el 2 de septiembre en Phnom-Penh, se diga: «Pese a las diferencias que han dividido y dividen todavía a los vietnamitas, es esencialmente la intervención extranjera la que ha transformado una guerra civil en conflicto internacional y ha dado a las hostilidades su dimensión presente, se habla aquí singularmente de intervención extranjera, y ello nos induce a pensar si en el reproche se abarcan todas las intervenciones, tanto las registradas en el seno mismo del Vietnam, a cargo del Vietcong, como las que parten del Norte del paralelo 17, si bien, ateniéndose a las precedentes manifestaciones a cargo de De Gaulle y del príncipe Norodom Sihanuk, más bien parece convalidada la acusación a los Estados Unidos.

#### 7. De Gaulle y la autodeterminación.

El Presidente francés afirmaba, en términos rotundos, que el problema del Vietnam no podrá ser solucionado apelando exclusivamente a la acción militar, y que, por el contrario, se imponía reanudar la historia iniciada en 1954 y truncada poco después, y ello mediante «un acuerdo cuyo objetivo consistiría en establecer y garantizar la neutralidad de los pueblos de Indochina y su derecho a disponer de sí mismos tal y como lo son efectivamente y confiando a cada uno de ellos la plena responsabilidad de sus problemas». Ahora bien, De Gaulle considera imprescindible atenderse al siguiente requisito: «La decisión y el compromiso previo, por parte de América, de repatriar sus fuerzas en un plazo conveniente y determinado.» Esa observación degaullista, en principio, no la estimamos inadecuada, ya que no sería pertinente considerar como ejercicio del derecho de autodeterminación—que De Gaulle propugna—a un pueblo como el Vietnam del Sur ocupado por efectivos militares norteamericanos, pero ¿constituiría solución, como sugiere De Gaulle, elevar a condición *sine qua non* la de la previa evacuación a que el Presidente francés alude? ¿No quedaría, en tal caso, el sedicente derecho de autodeterminación a merced del terrorismo implacable del Vietcong y de la presión organizada desde Hanoi? Si se consideran pertinentes las anteriores consideraciones, de su contenido se

## EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA INTERNACIONALES

deduce, como presunción adecuada, que los Estados Unidos no se avendrían a evacuar el Vietnam del Sur sin la previa instalación de un organismo que, sin despertar sospechas de parcialidad, pudiera, con su presencia y su control, lograr que de los comicios convocados naciera lo que sería auténtica expresión de la libre voluntad de los requeridos y esta reflexión nos induce a formular una interrogante, que dudamos si se la habrá planteado o no el Presidente francés: ¿Cuál sería el destino del Vietnam una vez que los soldados norteamericanos reembarcasen, poniendo proa a las costas de los Estados Unidos?

CAMILO BARCIA TRELLES

